

ALFAGUARA


Darina al-Joundi/
Mohamed Kacimi

El día que Nina
Simone dejó de cantar

Traducción de Isabel Murillo

Prólogo

El mes de junio de 2006 organicé unas conferencias sobre Beirut en un teatro parisino. A la salida de las presentaciones, una joven, vestida de negro, tímida, asustadiza incluso, se acercó a mí, me entregó un manuscrito y, sin decir palabra, desapareció. Lo leí aquella misma noche. Se trataba de una carta abierta a su padre, que había soñado para su hija la mayor de las libertades y que, precisamente a causa de esta libertad, conocería la peor de las servidumbres. Era un texto púdico, metafórico. La llamé para saber si estaba dispuesta a llegar más lejos, a soltarlo todo. Se prestó al juego con una transparencia increíble. Me relató sin censura alguna su infancia, sus guerras, sus drogas y sus amores. Ella contaba, yo escribía. De aquel encuentro nació una gran amistad y un texto de teatro que presenté a Alain Timar, director del Théâtre des Halles de Aviñón. Al día siguiente, Alain cogió el TGV para proponerle la puesta en escena del relato y acogerla en su teatro durante las jornadas del Festival de Aviñón. Ella, que era actriz desde los ocho años de edad, no había actuado nunca en Francia. Su exilio del Líbano la había alejado de los escenarios. Su avidez escénica era

tan grande, que al tercer día la gente se peleaba por verla. Atea, bella, apasionada y liberada, fue una auténtica bomba en la Chapelle Sainte-Claire.

Toda la prensa nacional habló de su actuación. Laure Adler y Fabienne Pascaud dijeron de ella que era la revelación del festival de 2007. El cuento de hadas iba a prolongarse. Thierry Fabre, que había presenciado el espectáculo, nos pidió convertirlo en un relato. Nos reencontramos en París. Cada día, Darina me contaba año tras año su vida, unas veces en árabe, otras en francés, y yo escribía. Al final, me encontré con varios centenares de folios. Faltaba estructurar todo, sin perder en ningún momento la musicalidad de su relato oral, convertirlo en una ficción donde todo era verdad. La vida novelada de Darina relata también la delirante historia de ese Líbano que se entusiasma en tiempos de guerra y se desmorona en tiempos de paz, relata hasta qué punto es vulnerable la libertad de la mujer, que será para siempre ante los ojos del hombre como un idioma extranjero.

MOHAMED KACIMI

1.

—¡Parad ya con ese desgraciado Corán!

No sé por qué he gritado. Pero tenía que gritar para no traicionar la promesa hecha a mi padre: no permitir que se leyera el Corán en su entierro.

Mi padre ha muerto el día en que ha comprendido que no tenía más historias que contarme. Estoy delante de sus restos mortales. Está desnudo, en medio de la habitación principal, cubierto con una sencilla sábana blanca. Acostado boca arriba, tiene las manos cruzadas sobre el sexo. Lo miro, su aspecto es completamente sereno. Es la primera vez en mi vida que siento que está en paz. No lamento su muerte. Sabía desde hacía mucho tiempo que tenía que morir porque ya me lo había dicho todo. A través de la ventana abierta veo las casas de mi pueblo, Arnoun, al que llamamos castillo de Beaufort. Las casas bombardeadas continúan humeando. El ejército israelí acaba de evacuar el sur del Líbano después de veinte años de ocupación. Veo las colinas de los alrededores, están abarrotadas de gente. Han venido de Tiro, Sidón, Damasco, Alepo, Beirut y Ammán para asistir al funeral de mi padre. Le acaricio el rostro; incluso fría, tiene

la piel de un bebé. Estamos en enero. Llueve, percibo el olor de la lluvia que brota de la tierra roja del sur del Líbano. Veo a lo lejos las llanuras de Galilea. Veo en lo alto la nieve que cae lentamente sobre las cumbres del monte Hermón. Se abre la puerta de la habitación, aparecen las mujeres de negro. Lloran, gimotean. Se abalanzan sobre mi padre. Le besan la cara. Le besan las manos. ¡Le besan los pies con verdadera avidez! Le murmuro a mi padre al oído:

—Cabrón, no dejas escapar ni una.

De repente, he escuchado una voz extraña que me desgarra las entrañas. Un grito insopportable que me ha partido el cráneo, que me ha taladrado la piel: alguien aúlla las suras del Corán. He abierto la puerta que da acceso a la habitación contigua. Está llena de mujeres de negro que lloran alrededor de un radiocasete que canta las oraciones. He pasado por encima de ellas, las he pisoteado, me he apoderado del radiocasete. Le he quitado el sonido. Las mujeres lanzaban gritos de horror. Mi madre, mis hermanas intentaban atraparme.

—Para, estás loca, vuelve aquí, ahora no es momento...

He corrido a refugiarme en la habitación de mi padre. He cerrado con dos vueltas de llave la puerta maciza de madera de roble. He oído a los hombres chillar:

—Loca redomada, devuelve el Corán si no quieres que te mate. ¡Abre, zorra, abre! No

quebrantes la palabra de Dios. Abre, mala puta, si tocas el Libro de Dios, estás muerta.

Desde detrás de la puerta, grito:

—¡Este Dios no es el Dios de mi padre! Jamás fue el Dios de mi padre. Me lo hizo jurar: «Hija mía, vigila que esos perros no utilicen el Corán el día de mi muerte. Hija mía, te lo ruego, cuando muera quiero jazz, incluso hip hop, pero sobre todo, nada de Corán». Le quiero poner Nina Simone, Miles Davis, Fairouz, e incluso Mireille Mathieu, pero no el Corán. ¿Me entiendéis? Voy a ponerle *El último tango en París* en lugar de vuestras plegarias. Le gustaba *La Couple* y la mantequilla, a papá. Cada día tomaba Fleurier semisalada. No lo enterraréis así, no lo haréis. No pienso abriros jamás.

He quitado la cinta del Corán y en su lugar he puesto *Save Me* de Nina Simone. Los golpes en la puerta continúan. Bailo sola delante de mi padre. Le hablo en voz alta, como si quisiera despertarlo de la muerte:

—¿Contento? Aquí tienes a tu Nina Simone, aquí tienes tu jazz, te he ahorrado tener que aguantar el Corán, ¿verdad? ¿Y ahora qué hago? ¿Quién me va a proteger de estos monstruos? Eres tú quien me lo ha enseñado: «Ten cuidado, hija mía, todos los hombres de este país son unos monstruos con las mujeres. Están obsesionados por las apariencias, están maniatados por las costumbres, están corroídos por Dios, están devorados por sus madres, están mortificados por la

pasta, se pasan la vida ofreciéndole el culo en bandeja al buen Dios, se bajan la bragueta como si armaran una metralleta, sueltan su sexo sobre las mujeres igual que si les lanzaran un pit bull. ¡Son unos perros!».

Antes, una de tus ex amantes ha querido besarte las manos. Le he aconsejado que te besara la polla. Nunca se sabe, tal vez te hubiera resucitado. Ella habría sido Jesús y tú, Lázaro.